

PRESENTACIÓN

EL CALEIDOSCOPIO ECONÓMICO

Este es un libro de libros; también, un ensayo de ensayos. Es un emprendimiento intelectual mediante el cual Eduardo Lizano nos guía, en un lúcido y heterogéneo recorrido, por algunos de los planteamientos, teorías, visiones, interpretaciones, propuestas, dogmas y debates más agudos y relevantes del pensamiento sobre el desarrollo económico durante los últimos 50 años.

Nos introduce, como reza su título, en interesantes controversias, inevitables en una ciencia de gentes y sociedades que, a menudo, se cruza con la política. Pero decir, como lo hace el subtítulo, que los suyos son “comentarios bibliográficos”, es quedarse corto. Van mucho más allá. Cada uno de sus textos, en torno a libros o artículos académicos, sintetiza el pensamiento de los respectivos autores con transparente honestidad y escrupulosa lealtad a sus puntos de vista, aunque no los comparta o lo haga a medias. En este sentido, don Eduardo camina por la vía de la reseña precisa y austera, distanciada y aséptica; es decir, con un máximo apego a lo que el otro piensa. Pero cada aporte, también, es una ocasión para lanzarse a la arena de la discusión y, a partir de lo reseñado, o mientras lo hace, plantear un compacto cúmulo de ideas, valoraciones, dudas, conexiones y erudición propias, aunque siempre discretas. Por estas cualidades, y por la aplicación de un certero racionalismo crítico, sus reseñas se transforman en abarcadores ensayos, con trascendencia más allá de las obras comentadas.

Al exponer y hacer interactuar discursos ajenos (los de los autores reseñados), con los suyos, los lectores nos enfrentamos a esclare-

cedores contrapuntos desde los cuales arribar a conclusiones independientes. Se trata, en esencia, del debate académico en su justa medida, del cual, por cierto, mucho necesitamos en Costa Rica. Por esto, su enfoque, más que encerrado por la imagen precisa que surge del telescopio, se orienta por la diversidad mutante del caleidoscopio.

Aristóteles, en su *Retórica*, postulaba tres tipos de “pruebas de persuasión” que pueden obtenerse desde el discurso: “Unas residen en el talante del que habla, otras en predisponer al oyente de alguna manera y, las últimas, en el discurso mismo, merced a lo que este demuestra o parece demostrar” (Libro I, 2.2). Don Eduardo se concentra en estas últimas, con lo cual despeja el camino para que nos enfrentemos al pensamiento, suyo y de otros, sin filtros distorsionantes.

Al comenzar a leer este libro, me resultó inevitable trasladarme a un aula situada en el tercer piso de un edificio de la Universidad de Costa Rica que, entonces, compartían las facultades de Derecho y Ciencias Económicas, junto a escuelas todavía consideradas periféricas o marginales, en ambas de las cuales yo era alumno: Comunicación Colectiva y Ciencias Políticas.

Gracias a que don Eduardo era profesor “prestado” a esta última, me tocó ser su estudiante en el curso CE-261, “Problemas económicos contemporáneos”. Corría el año 1970, pródigo en convulsiones de diversa índole y dogmatismos de perversos signos (como todos), que a menudo se reflejaban en los sesgos e imposiciones con que algunos profesores maniataban a sus cursos y estudiantes. Pero en su caso –al igual que sucedía, por ejemplo, con académicos como Manuel Formoso Herrera, Rónald Fernández Pinto o Samuel Stone– el abordaje era totalmente universitario; es decir, abierto, revelador y oxigenado: exponer un selecto repertorio de temas o problemas del desarrollo económico; confrontar al grupo con los abordajes de diversos autores frente a ellos; presentar los suyos; escuchar, desmontar y respetar los nuestros, y, de es-

te modo, generar bases cognoscitivas y recursos argumentales para el ejercicio documentado de un verdadero pensamiento crítico.

Tal es, sin la viveza de su palabra hablada, el método que adopta este. Por esto, mientras lo leemos, participamos en una conversación entre don Eduardo y el autor respectivo, durante la cual, a menudo, ambos sacan sus floretes para trenzarse en un intenso ejercicio de esgrima. Y, a pesar de su control absoluto sobre la acción textual, otorga un amplio margen de movimiento a sus contrincantes. ¡*Touché!*

Como en aquel curso, el eje analítico del libro se dirige hacia una de las problemáticas (casi enigmas) más acuciante y polémica de nuestro mundo, de la disciplina económica y de los planes y praxis de la política: el desarrollo, visto desde una óptica múltiple y, a la vez, rigurosa. Don Eduardo, sin perder su esencial condición de economista, asume el diálogo desde la integralidad de su experimentado intelecto, como “un proceso social, cultural y político determinado, en buena parte, por la historia de cada país” (p. 8)*. Nunca abandona sus principios, y así como rechaza la displicencia ética, levanta sus defensas frente a las recetas simplistas o unívocas.

La primera parte de esta obra (“Una mirada retrospectiva”) la componen sendos ensayos sobre tres libros fundamentales para la identidad y sistematización del desarrollo económico como disciplina: *Teoría del desarrollo económico*, de W. Arthur Lewis, publicado en 1955 y que recuerdo haber leído durante su curso, en una edición del Fondo de Cultura Económica; *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, de Gunnar Myrdal (1957), y *Políticas económicas para los países menos desarrollados*, de Harry G. Johnson (1966).**

* Todas las citas del autor están tomadas de este libro; el número entre paréntesis se refiere a sus páginas.

** Aunque no todos los libros citados han sido traducidos a nuestro idioma, y don Eduardo usa sus títulos en inglés o francés, he preferido traducirlos libremente, o utilizar aquellos de sus ediciones en español.

Los comentarios, inéditos hasta ahora –como casi todos los demás textos incluidos en esta obra–, fueron escritos al cumplirse los 50 años de los dos primeros y los 40 del tercero, tiempo suficiente para someter las decantadas ideas de Lewis, Myrdal y Johnson al rigor de la realidad y a la comparación con aportes más recientes. La lectura retrospectiva de don Eduardo es particularmente interesante en estos casos. Aunque no les hace concesión alguna, evidencia la lucidez analítica de sus autores y la relevancia que aún tienen sus ideas de entonces en las discusiones sobre una materia que contribuyeron a definir y enmarcar con gran acierto.

Sobre Lewis, un “hombre de pensamiento y acción” (p. 7), destaca cómo, aunque algunos de sus mensajes (planificación económica, industrialización y “confianza en la capacidad de liderato del Estado”) ya no tienen la vigencia de hace medio siglo, otros la mantienen casi intacta: “La educación, las instituciones y las relaciones externas”, así como la consideración del “proceso de desarrollo económico como un proceso de cambio social” (p. 52).

En su análisis sobre Myrdal, quien en su libro “trata el tema de las marcadas y crecientes disparidades y desigualdades entre los países desarrollados y los subdesarrollados”, don Eduardo menciona dos grandes preguntas que –me atrevo a decir– han estado presentes, con diversos matices, en su vida como académico, intelectual público y gestor político. Una se relaciona con “las causas y los efectos” de los fenómenos económicos, es decir, la teoría: “¿Por qué y cómo se dan esas desigualdades y disparidades...?”. Otra está vinculada con “la discusión sobre los objetivos y los medios”, es decir, la política: “¿Cómo podría detenerse esta tendencia y así ayudar a los países pobres a salir del subdesarrollo?” (p. 59).

En torno a Johnson resalta, como testimonio de su “gran capacidad” para “diagnosticar el presente y anticipar el futuro”, la persistencia de muchos de los temas que abordó hace 40 años. “La mayor parte de ellos está todavía sobre la mesa. Muchas de sus preocupaciones están hoy presentes. Muchos de los problemas

analizados por él no han sido resueltos de manera satisfactoria. Muchas de sus opiniones son todavía objeto de discusión y controversia” (p. 130).

Frente a esto, ¿cómo no sentirnos aguijoneados para volver sobre esas obras sólidas y pioneras, o leerlas por primera vez y, así, poner en perspectiva de largo plazo los aportes de autores más recientes? Además, ¿cómo no insistir en la importancia del estudio de la teoría económica para iluminar los grandes temas y la toma de decisiones del presente?

Es curioso que don Eduardo no comente ningún libro o artículo editado entre 1966 (cuando apareció el de Johnson) y 1996, año de la publicación de *El horror económico*, de Vivianne Forrester, con el que se abre la segunda sección, cobijada bajo el título “Hurgando el presente”. Será que en esos 30 años ninguna obra cumplió con alguno de los tres criterios que estableció como guía para la selección: tener “importancia desde el punto de vista del proceso de desarrollo”, haber impactado a don Eduardo cuando era estudiante universitario, o, simplemente, que “su lectura resultó interesante” (p. XVII). Es difícil suponerlo. Más bien, imagino que pueden existir dos razones de distinta naturaleza para explicar este hiato. Una sería práctica: sus intensas ocupaciones en el sector público durante la mayor parte de esas tres décadas no le dejaron suficiente tiempo; otra, de estrategia argumental: el deseo de crear un contraste temporal suficiente entre esos tres aportes iniciales y los aparecidos entre 1996 y 2007, para hacer más evidentes sus cercanías o distanciamientos. En todo caso, el resultado es lo que vale.

Forrester, quien ha tenido un enorme éxito editorial por atizar, distorsionar y simplificar las más angustiantes ansiedades socioeconómicas de amplios sectores del público, sobre todo europeo, es el blanco de la crítica más demoledora de don Eduardo. Ante un libro sin sustento fáctico, plagado de prejuicios y con una malsana selectividad de ejemplos (no evidencias) para apuntalar sus argumentos, es casi imposible mantener la serenidad, e inevitable lle-

gar a la confrontación: “Su pluma... destila tan solo –no podría ser de otra manera– el pesimismo más profundo y enfermizo, el nihilismo más aberrante y destructor” (p. 144). Supongo que seleccionó *El horror económico* no tanto porque cumpliera con alguno de los tres criterios mencionados, sino por su impacto mediático y la necesidad de salirle al paso: una operación de higiene argumental.

En los demás textos que componen la segunda sección, don Eduardo regresa a su estilo apacible, pero nunca complaciente. Dos de sus ensayos más abarcadores y agudos los dedica a *El malestar en la globalización*, de Joseph Stiglitz (publicado en 2002), y *El fin de la pobreza; cómo conseguirlo en nuestro tiempo*, de Jeffrey D. Sachs (2005), libros de enorme influencia en el debate contemporáneo, en los que destaca tanto virtudes y agudezas argumentales, como insuficiencias o ligerezas.

Su único comentario sobre una obra nacional está dedicado a *¿Con quién negociamos? La estrategia comercial de los Estados Unidos en los últimos 20 años*, de Patricia Rodríguez H., aparecido en 2003, cuando apenas comenzaba el gran debate público sobre el Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana.

Los demás textos se refieren a *La larga marcha, una agenda de reforma para Latinoamérica y el Caribe en la próxima década*, de James Burki y Guillermo Perry (1997); *En defensa de la globalización*, de Jagdish Bhagwati (2004); *Crecimiento y empoderamiento. Cómo hacer que se produzca el desarrollo*, de Nicholas Stern, Jean-Jacques Dethier y F. Halsey Rogers (2005); *Reformas para América Latina después del fundamentalismo neoliberal*, de Ricardo Ffrench-Davis (2005); *La economía de lo posible en América Latina*, de Javier Santiso (2006), y *Buen capitalismo, mal capitalismo y la economía del crecimiento y la prosperidad*, de William J. Baumol, Robert E. Liton y Carl J. Schramm (2007). Don Eduardo también analiza con amplitud relevantes artículos académicos, o conjuntos de ellos, de Dani Rodrik y Ricardo Hausmann.

Desde la introducción de su obra nos recuerda, con cierta nostalgia cómo, en el seno de la disciplina económica, la lectura de libros “ha sido desplazada, de manera creciente, por artículos publicados en revistas especializadas, documentos de trabajo (*working papers*) o avances de investigación, seminarios e informes de conferencias y, más recientemente, por los *blogs* y los *podcasts*” (p. XVIII). Sin embargo, no desaprovecha la oportunidad para confesar que “el deleite y la emoción de la lectura de un libro ameno y sabroso, en un sillón mullido, representa aún una de las experiencias placenteras de la vida” (p. XVIII).

Ese placer, aun cuando las ideas que comente discrepen de las suyas, lo transpiran todos sus ensayos-comentarios: la esgrima del pensamiento como generadora de profunda satisfacción personal.

De la lectura de los títulos y autores, sobre todo los incluidos en la segunda parte, podemos darnos cuenta de que si algún criterio don Eduardo no aplicó para seleccionar qué textos analizar, fue coincidir con su contenido. Al contrario, notamos un deliberado esfuerzo por incluir una diversidad de puntos de vista, no para permanecer pasivo ante ellos, pero tampoco para desautorizarlos, con la excepción ya citada. Se trata de un meticuloso esfuerzo dialéctico, emocionalmente más difícil, pero intelectualmente más relevante, conforme más cerca estemos en el tiempo de esas ideas.

A pesar de la pluralidad de la obra, su lectura permite extraer algunas líneas generales sobre el tipo de abordaje del autor, tanto respecto a la economía del desarrollo como hacia el debate conceptual, ideológico y político en torno a ella y muchos otros temas que no le son ajenos.

El punto de partida seminal es una intensa curiosidad; una voluntad sistemática para, sea desde el “sillón mullido” o la mesa de trabajo, a partir del libro o del *working paper*, mantenerse al día en las discusiones relevantes sobre las materias económica, política y social. Junto a ello, revela un profundo imperativo ético, no solo mediante el ejercicio de una depurada honestidad intelectual hacia

los autores y textos escogidos, sino, también, hacia las implicaciones para la sociedad y la gente del diseño y toma de decisiones públicas:

El fijar objetivos, escoger en cuáles de ellos se pone énfasis, determinar los medios –las medidas de política económica– para alcanzar los objetivos, todas son decisiones y actos humanos que exigen un marco general de referencia basado en un conjunto de principios. De no ser así, no se podría determinar cuándo se actúa bien, de manera acertada, y cuándo no. Es a la luz de esos principios –éticos y morales– que podrá juzgarse si se procede correctamente o no (p. 442).

Don Eduardo es un escéptico de los paradigmas y un convencido de que el desarrollo no es un proceso mágico. Dificilmente surgirá de recetas; menos, de doctrinas encorsetadas. Debe partir de una búsqueda de relaciones profundas entre variables múltiples; de traducir los conocimientos en propuestas y acciones capaces de ser ejecutadas, y de aplicar un razonable margen de flexibilidad estratégica y táctica, pero sin desconocer los principios y fundamentos teóricos. También obliga a la prudencia para aceptar que “la distancia entre lo deseable y lo posible sigue siendo muy grande” (p. 409).

Es desde bases como esas, así como desde su solidez académica, su vasta experiencia pública, su ilimitada inquietud intelectual y su responsable interés por el bienestar de los seres humanos, que don Eduardo ha abordado los textos comentados en su obra. Su aporte, por ello, trasciende el ámbito estrictamente bibliográfico, para insertarse de lleno en el debate inconcluso sobre cómo superar dificultades y potenciar fortalezas para alcanzar el desarrollo integral. Estamos ante un aporte que mucho necesitamos, tanto dentro como fuera del país.

EDUARDO ULIBARRI BILBAO

San Vicente de Moravia, 28 de julio de 2008.